

## Del oro y la injusticia

### El oro y la sangre

Juan José Hoyos

Editorial Planeta, Santafé de Bogotá,  
1994, 301 págs.

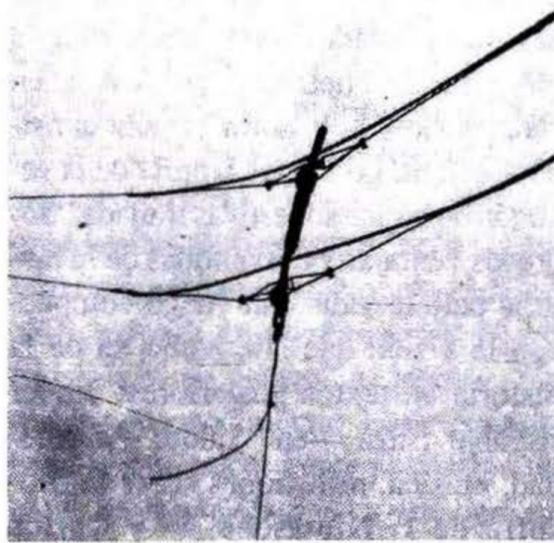
*El oro y la sangre* es una crónica periodística. Cuenta la guerra fratricida —todas lo son— que desde 1975 se instala entre la comunidad indígena emberá en el departamento del Chocó. Durante 15 años sólo sabemos de sangre derramada, injusticia, destrucciones y hambre, todo en vano, producto de la fiebre alucinante del oro. Terminó de leer este libro con dolor de estómago.

La historia es compleja; intervienen muchos factores que arman un nudo intrincado difícil de comprender. Oro, sierras, poder político, religión, antiguas venganzas sin resolver, envidias, ambición, ignorancia, y una sed insaciable de dar muerte al enemigo, al supuesto enemigo, su propio hermano emberá en la mayoría de los casos.

Nunca he entendido las guerras; ésta es otra guerra más que me quedo sin entender, por más que esté explicada en *El oro y la sangre* de Juan José Hoyos, premio Germán Arciniegas de periodismo, organizado por el Grupo Editorial Planeta. El texto es el producto de una investigación detallada sobre el conflicto, los movimientos y los móviles de este absurdo. Está dividido en dos partes, la primera de las cuales se llama "El Oro" y cuenta la historia desde la llegada de los españoles sedientos de oro, en busca de Dabaibe como El Dorado de la leyenda. Habla de la historia de las minas de oro y cómo se dan los cambios de dueños pasando por alto que esas tierras han pertenecido a la comunidad emberá desde siempre. Escribe un poco acerca de los indios, más de sus problemas de salud, hambre, educación y muerte que de sus vidas y costumbres. Habla de los trabajos de la misión claretiana instalada en Santa Ana de Aguasal y de sus párrocos, de las intervenciones durante el conflicto y de sus contradicciones como misioneros.

La segunda parte, "La Sangre" da cuenta de la guerra que esa búsqueda de El Dorado genera en la región. La

típica violencia colombiana que, a pesar de los horrores narrados, nos es tan familiar. Las dos partes, "El Oro" y "La Sangre", no están tan claramente separadas, como el oro y la sangre tampoco lo están en la historia de los cuatro mil emberás que alguna vez dijo un censo que habitaban las selvas del río Andágueda.



Al parecer, la guerra en el Chocó se remonta al siglo XVI, cuando los españoles llegan al territorio selvático en busca del oro de Dabaibe. Llegan atacando y torturando a los indios, para con ello obtener la información del lugar donde se encuentra el verdadero Dorado. Los indios se defienden atacándolos con lanzas, flechas, dardos envenenados y cerbatanas. Desde entonces el oro ha estado unido a la sangre y a la muerte. Los españoles consiguen entrar en la espesura, se apoderan de las minas, controlan las sierras, llevan esclavos negros desde Popayán y Anserma como mano de obra. En 1670 llegan los misioneros claretianos a evangelizar y a dominarlos. Instalan misiones en diferentes sitios y comienzan la labor de enseñanza de la doctrina de Cristo con métodos totalmente colonialistas, métodos que hasta hace pocos años todavía continuaban causando estragos en la cultura indígena.

Durante la guerra de los Mil Días llegan a Dabaibe blancos, colonos y mineros paisas y se asientan produciendo cambios. En 1927 dicen que la mina Morrón, en Río Colorado, pertenece a una sociedad de paisas explotadores; después, en los años cincuenta, se presenta un pleito y la mina se cierra durante quince años. En el 68 se establece un acuerdo amigable pero no queda

consignado en escritura pública. En 1975 el indígena Aníbal Murillo encuentra una nueva mina cerca de la anterior. Aquí todos estos hechos se juntan para dar comienzo a una verdadera guerra entre indios y blancos, indios e indios, indios y policía o ejército, indios y guerrilleros. Guerra en la que a las mujeres sólo les queda correr con sus hijos a refugiarse. Es una historia de venganzas, odios, injusticias en medio de la ignorancia y la mezquindad.

Durante los quince años siguientes se suceden inútiles reuniones de paz con participación de los líderes de las comunidades, con representantes del gobierno nacional y de otras organizaciones privadas, donde se logran, en algunas ocasiones, acuerdos importantes que no siempre se cumplen o que al final sirven para nada. Vienen a continuación violentos ataques entre las comunidades, algunas veces con intervención del ejército o la policía, o de blancos que han estado cercanos a la historia de las minas, también asesinan a algunos de los jaibanás más viejos. Esta violencia que sin cesar ha arrasado los poblados, los cultivos, el ganado, la salud, la alegría y la fe, se extiende hasta 1990, cuando aparece un grupo guerrillero del Ejército Popular de Liberación que logra una nueva reunión de los gobernadores de cabildos y un fresco clima de calma en esta guerra que parece sin fin.

El texto, por la manera como está organizada la investigación, tiene páginas pesadas por el exceso de información densa y árida que lo convierte más en un expediente que en una crónica. Pierde la agilidad de la narración que logra en otros apartes del libro, como cuando intercala capítulos con testimonios de personajes que han vivido la guerra, los sacerdotes misioneros claretianos, los médicos o la maestra, o también aquel que narra en primera persona cuando el autor llega hasta la selva del río Andágueda formando parte de una de las tantas comisiones que fue, a "ver" el problema, o cuando introduce las anécdotas de los indios en plena fiebre del oro montando en avión o rumbeando en los prostíbulos hasta acabar con todo el dinero. Testimonios y capítulos que dan a la crónica otra dimensión más rica que el

solo hecho de dar cuenta de reuniones frustradas y nuevos ataques cada vez más violentos.

El libro termina con una decena de páginas de cronología de la guerra del oro en el Alto de Andágueda, que puede ser muy útil para quien requiera esa información de manera ágil y ahorra al lector desprevendo entrar en la densidad de la información

DORA CECILIA RAMÍREZ

## El gesto de Nietzsche

Nietzsche 150 años

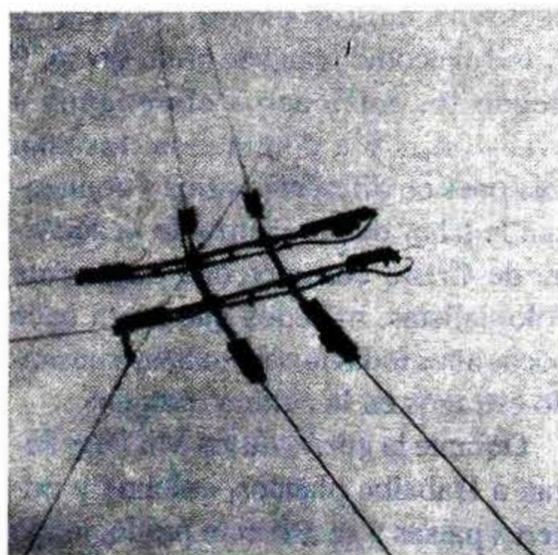
Jairo Montoya (compilador)

Editorial Facultad de Humanidades de la Universidad del Valle, Santiago de Cali, 1995, 308 págs.

En realidad sólo seis de los diez ensayos publicados en el reciente libro dedicado a Nietzsche, compilado por Jairo Montoya, intentan ser, en sentido estricto, aproximaciones a Nietzsche. El trabajo de Luis Alfonso Palau —“¿Un vitalismo romántico?” (pág. 117)— es una aproximación a la teoría de la ciencia de Canguilhem en la que Palau, de la mano de Foucault y Deleuze, encuentra rasgos nietzscheanos. El ensayo de Jorge Mario Mejía —“La caverna de la interpretación” (pág. 175)— advierte desde el comienzo que lo que se propone no es hablar de Nietzsche sino “hacer Nietzsche hablando de Platón”. Y se dedica a hacer una interpretación, más que nietzscheana, deleuzeana del diálogo *Ión* de Platón. Jean Paul Margot, por su parte, lo que ofrece en “Genealogía y poder” (pág. 209) no es un artículo sobre Nietzsche sino sobre Michel Foucault, y el trabajo con el que Juan Gonzalo Moreno cierra el libro —“Nietzsche y Deleuze: encuentros”— no es más que una paráfrasis epigonal de algunos textos de Deleuze y Pierre Klossowski.

Los otros seis ensayos —que quieren ser realmente ensayos sobre Nietzsche— tienen en común que ninguno de ellos intenta una aproximación a ninguna de

las obras fundamentales del solitario de Sils-María. El ensayo de Aníbal Córdoba —“Itinerarios nietzscheanos”— son en realidad dos ensayos. Un primer ensayo dedicado a generalidades acerca de los períodos en los que puede dividirse la obra de Nietzsche y otro dedicado a una de las cuatro *Consideraciones intempestivas* titulada “Schopenhauer como educador”. Luis Antonio Restrepo, por su parte, después de detenerse en algunas generalidades sobre la época y la biografía de Nietzsche, se dedica, en “Nietzsche y la historia”, a una consideración más o menos amplia de la segunda de las intempestivas titulada “Sobre las ventajas y desventajas de la historia para la vida” que luego compara con la visión que Nietzsche da de la historia en textos posteriores. Javier Escobar Isaza —en “Salud, enfermedad, música, reflexiones sobre la filosofía de F. Nietzsche”— y Carlos Mario González —en “El amor y la muerte en la vida y el pensamiento de Nietzsche”— optan por un intento de aproximación biográfica a la figura, mientras que el compilador, Jairo Montoya, en su ensayo “Lenguaje, genealogía e interpretación”, procura hacer una presentación de la reflexión de Nietzsche sobre el lenguaje, no sin recurrir con exagerada frecuencia a citas de Michel Foucault, y Jorge Alberto Naranjo, en “Nietzsche y la escritura”, intenta una aproximación a la evolución del estilo en la obra de Nietzsche.



Esos seis ensayos —que leídos en conjunto resultan a ratos algo repetitivos— pueden ser comentados a la luz de un repaso sumario de la trayectoria de Nietzsche. Sabemos que Nietzsche nació en Röcken en 1844.

Sabemos también que a los cinco años perdió a su padre, el pastor protestante Karl Ludwig Nietzsche, y a su hermano menor y que creció con su madre, su abuela, sus tías y su hermana Elizabeth. Carlos Mario González sostiene que estos hechos tempranos de su biografía marcaron su relación con las mujeres, en las que no podía ver sino la madre o la pupila, así como su relación con el fondo trágico de la muerte, ante cuya visión Nietzsche quiso aprender desde muy temprano a afirmar la vida. También la muerte del padre es importante en la visión de González. Schopenhauer y Wagner serían para Nietzsche, según González, especies de sustitutos del padre. Así mismo, según él, su formación en la prestigiosa escuela humanista de Pforta, a la que ingresó a los 14 años, le serviría a Nietzsche para compensar en parte la ausencia del padre. González, además, sugiere, en la línea interpretativa de Karl Jaspers y del teólogo Hans Küng, a quienes no cita, que si para el padre de Nietzsche el cristianismo había sido el centro de su vida, para Nietzsche también lo fue, sólo que no como objeto de reverencia sino como blanco de la crítica (pág. 153).

En Pforta Nietzsche se encuentra con la amistad de Paul Deussen y descubre su pasión por la antigüedad clásica y por el romanticismo alemán. Jean Paul y Hölderlin son en ese entonces sus escritores de cabecera. Su interés por Wagner empezó a despertarse, en parte debido a las prédicas de su amigo Gustave Krug, tal como lo cuenta Javier Escobar Isaza siguiendo de cerca la biografía de Curt Janz. En Pforta oye por primera vez *Tristán e Isolda*.

En 1864 Nietzsche, lo mismo que su amigo Deussen, se matricula en teología y filología clásica en la Universidad de Bonn. La lectura de la *Vida de Jesús* de David Friedrich Strauss y la crítica de fuentes lo lleva, sin embargo, a perder muy pronto el interés por la teología como disciplina académica. Además de la filología, la estética, la teoría de la música y la filosofía empiezan a ser en Bonn sus ocupaciones fundamentales. En 1865 abandona Bonn para seguir a Leipzig a su maestro Friedrich Wilhelm Ritschl. En Leipzig se encuentra con la amistad de Erwin Rhode